

## Un monumento a un monumento. Escuchando la Torre Mónica

Decía Mircea Eliade que las grandes ciudades de la antigüedad solían presumir de haber sido construidas “en el centro del mundo”. Y lo que distingue una plomada es su capacidad de indicar con su punta el centro de la Tierra. Puede que *Tierra* y *Mundo* no sean iguales en todos los sentidos, y desde luego, la *Torre Mónica* no es una ciudad antigua, pero tiene su plomada, visible a través de los cuatro vanos de su base, y ésta indica casi siempre el centro de la Tierra. En ese *casi siempre* hay una historia que contaremos más adelante; de momento, limitémonos a observar que acercarse a esta maravillosa construcción al borde de la playa de Málaga es encontrarse con el centro de un vivísimo mundo poblado de niños, perros, madres, paseantes, ciclistas, gaviotas y, en el reino de la escucha, un auténtico estruendo de cotorras sobre un fondo de olas mediterráneas.

Allí está, con sus cien metros de altura, erguida con una verticalidad cual palmo de narices ante la irredenta horizontalidad del adyacente mar. En una palabra: monumental. Pero, ¿a qué? Y ¿a santo de qué? Como *Chimenea de Los Guindos* nos recuerda la Fábrica de Plomo de los Guindos, siendo, de hecho, todo lo que queda de ella. Y a mayor escala, recuerda toda una historia del pasado industrial de una ciudad, Málaga, cuyo nombre evoca, en nuestros días, playa y sol, más que fábricas o metales pesados. Sin embargo, todo aquello explicaría más una función de *memorial* que de monumento propiamente dicho.

Es como *Torre Mónica* que esta vetusta chimenea de ladrillo asume toda su gloria como monumento. Como otros, erigidos en innumerables ciudades del mundo *por petición popular*, “la Mónica”, como se suele llamar, aunque ni se construyó por petición popular ni se concibió como monumento, lo es hoy, empezando con su nombre popular y la historia de amor y transgresión que se lo dio. Es más, decir “popular” aquí es referirse justamente a ese pueblo que pulula alrededor. ¿Cómo no va a ser el centro del mundo?

Luz Prado, violinista, artista sonora y presencia vital, todas ellas en grado mayúsculo, pertenece a ese pueblo. *La Mónica* se ve por la ventana del piso del Parque Mediterráneo donde nació, y creció cuando el *Carril de la chupa* se llamaba así por los campos de caña de azúcar que cederían con el tiempo a la Plaza de Chiquito, pradera del recuerdo.

Así, cuando surgió un proyecto artístico basado en la idea del monumento, no dudó en plantearse una acción centrada en *La Mónica*, esa chimenea que parece indicar al cielo cuando, en realidad, indica igualmente lo contrario, con una plomada colgada de un cable de 100 metros que apunta al centro de la tierra, allí bajo nuestros pies. Y aquí encontramos el dilema fundamental: un monumento puede estar dedicado a cualquier persona, evento o concepto, pero todos, sin excepción, comparten un aspecto: su vocación de longevidad. Por naturaleza, los monumentos han de durar, y casi siempre más de lo que haya durado el objeto *monumentalizado*. A veces, incluso, sirven para recordarnos justamente la desaparición, como hacen los monumentos a los caídos de una u otra guerra. En cambio el sonido se caracteriza por su evanescencia. ¿Cómo, entonces, plantearse el monumento desde la perspectiva del sonido? Intuitivamente Luz Prado ha situado la respuesta en lo que comparten los monumentos y la música: el tiempo. Si bien los monumentos *perviven* en el tiempo, la música y otras varias artes sonoras lo estructuran. Alguno dirá, incluso, que la composición musical es el arte de ordenar los sonidos en el tiempo, o quizá el uso de los sonidos para ordenar el tiempo. En cualquier caso, orden, duración, medida y número son conceptos

inseparables de cualquier consideración seria de la música, lo cual explica por qué, de todas las artes, es la única incluida por los sabios entre el *Quadriivium*, junto a la aritmética, la geometría y la astronomía. Sus *bellas* compañeras no entraban, siquiera, en el *Trivium*.

Desde su privilegiada ubicación en el centro del mundo, nuestra *Mónica* no sólo observa, sino que marca la separación entre sus dos reinos más grandes: el de la tierra y el del agua. Construida con una resistente mezcla de ambas,—¿qué son, si no, los ladrillos?—, ocupa el espacio justo donde el continente se encuentra con el mar. Y para una persona cuyo oficio supone percibir el tiempo con el oído, esa separación se nota inmediatamente. Por su cara norte, la *Mónica* recibe lo puntual: el grito de una niña, el estruendo de las cotorras, el paso de motos, coches y camiones por la calle Pacífico, un fragmento de opereta saliendo por la puerta de un chiringuito, tres venerables moradores del barrio debatiendo el fútbol... Por la vertiente sur, lo eterno, el constante aunque siempre cambiante sonido del *Mare nostrum*, susurrante, vociferante, arrullador o amenazante pero siempre presente como recuerdo sonoro de lo sempiterno. Y en medio, el monumento.



*Grabando a Luz Prado ante la Torre Mónica  
Málaga, noviembre de 2020*

La idea de Luz Prado —de tales inspiraciones nace el arte— ha sido colocar entre estos dos mundos sonoro-temporales, lo puntual y lo eterno, un tercero: el deliberadamente ordenado por el ser humano, que es, a veces, música pero puede ser también otra de las muchas artes sonoras. ¿Cómo? Pues haciendo sonar y resonar la majestuosa oquedad de la *Mónica* y grabándola para que perdure, cual monumento a un monumento.

Es aquí donde tropezamos con el segundo y tristemente profético aspecto de la propuesta: no era sólo un proyecto artístico sobre el monumento. Se llamaba *Monumento al desencanto*, y el desencanto culminó en la no decisión de no dejarle tocar dentro, de no abrir la puerta-ventana por la que se ve el interior con su supuestamente inmóvil plomada pero por la que no se ha decidido no dejarle entrar. Y lo que es peor, por la que no se ha decidido dejarla entrar. Sencillamente, no se ha

decidido, y no decidir tiene la triste consecuencia de que, aunque no se materialice una decisión, sí se materializa el *no*.

¿Qué hacer, entonces? La respuesta se materializó antes incluso de identificarse como tal. Elsa Paricio, artista madrileña, amiga de Málaga y estrecha colaboradora en este proyecto, la caracterizó como “Escuchar la torre, tocar la torre y mover la torre”. Y así ha sido.

El constante ha sido la escucha, y ha comenzado como metáfora de ese “no” materializado sin proferir. Se trata, escuetamente, de la escucha de un no, de un no sonar, porque la torre *no suena*, y ese no sonar, ese silencio es lo más elocuente de todo, la muda resistencia del superviviente, el mudo testimonio de lo que queda de un pasado industrial silenciado por el auge del ocio cosificado como servicio en venta.

Tocar ha sido el segundo acto, y se ha construido sobre el primero. ¿Cómo resonaría el interior de la torre? No lo sabemos. Entonces, ¿cómo sonará por fuera? Acto seguido, Luz Prado agarró su instrumento y manteniéndolo en constante contacto con la torre emprendió el viaje circular más cerrado permitido. En ningún momento separó violín, cuerdas, voluta y clavijas, arco, manos y cuerpo de ladrillo y mortero, cristal y acero. Y detrás, cual malabarista, un servidor, agarrando una pértiga con un micrófono en el extremo, grabando los ruidos resultantes para generar los metafóricos ladrillos que han de constituir el monumento sonoro al sonar del monumento, nacido del roce, del esfuerzo, de la imaginación y de la entereza que vence el desencanto.

Y en ese arrastrar y sonar, rozar y escuchar, bailar y grabar, se produjo el tercero de los actos, el menos esperado y más mágico de todo el proyecto: se movió la Mónica. El martes, día 3 de noviembre a las 07:12, mientras Luz rodeaba la torre con su escucha y con su arrastrante sonar, se produjo un temblor de tierra con epicentro en Relleu cuya onda alcanzó la Mónica y movió lo inamovible. Observando asombrada, cámara en mano, Elsa Paricio captó el momento y alumbró el significado que haría realidad al último de los tres actos. Rodeada, tocada, escuchada y grabada, se movió la torre.

Wade Matthews

Málaga, 6 de noviembre de 2020